SACRAMENTUM CARITATIS. EUCARISTÍA Y VOCACIÓN

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v54i187.548>

JULIO GARCÍA VELASCO¹

Comienza el autor presentando la exhortación apostólica como si fuera un retablo. Quizá este castellano viejo tenga en la retina los retablos góticos que describen los misterios del Señor desde la perspectiva, el color, los movimientos,... es decir, desde las rutinas de la belleza. Luego, el autor, un buen guía nos introduce en los detalles de la obra. Esta meditación y comentario que nos ofrece tiene un gran valor de síntesis e iluminación. El autor ha puesto una clave a nuestro entender: el dinamismo de la vocación y por ello, configura el escrito como una verdadera síntesis. Y la síntesis tiene una consecuencia principal, la iluminación del tema de la vocación desde el misterio eucarístico. La experiencia del autor en los trabajos de la teología de la vocación se transparentan en esta gozosa presentación de la Sacramentum Caritatis. Este estudio pormenorizado que saca a la luz del lector tan buenos acentos vocacionales hemos de irlo completando con nuestro propio trabajo pastoral.

La Exhortación apostólica de Benedicto XVI "Sacramentum Caritatis" sobre la Eucaristía, podemos leerla desde distintos ángulos y perspectivas. En este artículo vamos a hacerlo desde el prisma de la vocación.

1. El gran retablo del amor

Meditando detenidamente la Exhortación del Papa, me he imaginado el

¹ Julio García Velasco es Sacerdote Operario Diocesano. Ha sido director general de esa Asociación Sacerdotal y ejercido diversos ministerios, entre ellos el haber dirigido esta revista de 1996 a 1999 y haber trabajado en el Instituto Vocacional Maestro Ávila, durante bastantes años.

hermoso contenido de la misma enmarcado en un maravilloso retablo, el "Retablo del Amor."

El misterio de la Eucaristía, es el maravilloso misterio de Dios Amor, que se manifiesta, se nos ofrece, y nos envuelve en su dinámica de entrega y comunión. Esta es la gran verdad que está en el fondo de la Sacramentum Caritatis:

"La Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos «hasta el extremo «hasta el don de su cuerpo y de su sangre» (SC,1).²

En SC se nos presenta el gran "Retablo del Amor": en lo más alto, está el misterio de la **Trinidad**; de allí desciende **Cristo**, el revelador del amor de Dios. El nos ha revelado ese amor, en su vida, en la Cena (la Eucaristía) y sobre todo en el Misterio pascual.

La **eucaristía** es el don entregado a la **Iglesia**; y en la Iglesia hay tres grandes cuadros: a la derecha, el misterio que se ha de creer; en el centro, el misterio que se ha de celebrar, y a la izquierda el misterio que se ha de vivir. En otro nivel tenemos las **vocaciones eclesiales**, en otros tres hermosos cuadros: la vocación laical, la vocación al ministerio ordenado, y la vocación consagrada, todas ellas al servicio del amor en la Iglesia y en el mundo. Iluminando, "animando" esos cuadros está el **Espíritu Santo**. El alienta y sostiene la gran misión del amor. Y finalmente está **María**, la madre de Jesús y madre nuestra, el más hermoso Icono humano del amor y de la vocación.

Este es el retablo. Todos somos invitados a contemplarlo para dejarnos deslumbrar y transformar por él.

Es evidente que nuestra vocación es el amor. Ciertamente, Dios pudo crearnos de otra manera, pero como lo hizo fue lo mejor. Somos, como dice el cantar de los Cantares, "llamada divina" (Cant. 8, 6), llevamos la herida del amor en la entraña más íntima de nosotros mismos. No podemos entendernos fuera del amor.

Recordemos lo que decía Juan Pablo II:

El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente,

² Sacramentum Caritatis. En adelante se citará únicamente con el número correspondiente

Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es —si se puede expresar así— la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es «confirmado» y en cierto modo es nuevamente creado. ¡Él es creado de nuevo! «Ya no es judío ni griego: ya no es esclavo ni libre; no es ni hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes— debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo...³

En S.C. todo gira en torno al amor de Dios manifestado, en su realidad más plena, radical y “escandalosa”, en la Eucaristía.

1.1. El origen está en la Trinidad

Benedicto XVI, ha subrayado con fuerza y convicción que todo tiene su origen y fuente en el Amor, en el Dios Amor. Recordamos, a este respecto, su importante carta encíclica “Deus, Caritas est”.

Crear en Dios significa precisamente creer que **Dios es Amor**⁴. Una confesión que hacemos con los labios y con el corazón.

Dios Amor es comunión de los tres, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: un Amor que eternamente se da, se recibe, y sale de sí mismo hacia fuera, hacia el mundo entero: “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16).

Un amor que consiste “no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos ha amado a nosotros y ha enviado a su Hijo como víctima expiatoria por nuestros pecados”⁵

³ Juan Pablo II, Redemptor Hominis, n. 10

⁴ Cf. 1 Jn 4, 7-8

⁵ 1 Jn 4, 9-10

En cuanto Amor, Dios es ante todo el *Padre* de Jesús, que ha comenzado a amar desde siempre y ha entregado a su Hijo a la muerte por nosotros: «*No perdonó ni a su propio Hijo*» (Rom 8,32).

El Padre es la eterna fuente del Amor, el principio sin principio de la caridad, de la gratuidad sin fin. Dios no se cansará nunca de amarnos, porque no nos ama por nuestros méritos, sino porque desde siempre ha comenzado a amar, y seguirá amando en todo tiempo y momento.

Si el Padre es el eterno Amante, el *Hijo* es Aquel que se ha dejado amar desde siempre... El Hijo, el Amado, es la acogida eterna, es Aquel que constantemente dice sí al Amor, es la obediencia viviente del Amor.

El *Espíritu*, por su parte, hace presente en nosotros al Hijo para que acojamos el amor, para dejarnos amar, para hacernos humildes frente al amor ajeno, para acoger al otro. Donde no se acoge al otro, sobre todo al diferente, no se acoge a Dios. El Hijo nos contagia la gratuidad, la gratitud, la acogida, el espíritu de la fe humilde que se abre a la llegada del otro.

Cuando el Espíritu entra en nosotros nos une en nosotros mismos, reconciliándonos, y nos une a Dios y a los demás. El Espíritu nos da el lenguaje de la comunión, y nos hace capaces de unidad y de paz.

El Espíritu hace «salir» a Dios de sí, es el don, el éxodo sin retorno del Amor. Cuando nos dejamos alcanzar y transformar por el Espíritu, sentimos la necesidad de salir, de andar, de llevar a los demás el don del amor con el que hemos sido amados.

La fe en el Dios Uno en tres Personas es el centro y el corazón del cristianismo, porque traduce la certeza de que Dios es Amor, en sí mismo y para nosotros.

S.C. nos recuerda que el « misterio de la fe » es misterio del amor trinitario, en el cual, por gracia, estamos llamados a participar. Por tanto, también nosotros hemos de exclamar con san Agustín: « Ves la Trinidad si ves el amor » (n. 8).

JESÚS, es la revelación del "Dios es Amor". Juan Pablo II decía en su primera encíclica: "*La revelación del amor misericordioso del Padre, ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del hombre*"⁶

Ese amor nos lo revela y entrega en su vida, y en el misterio pascual de su pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión⁷.

⁶ Dives in misericordia, 13

⁷ cf. Sacrosantum Concilium 5; DV, 2-5

El Catecismo de la Iglesia católica resume en cuatro números el tema del amor de Dios:

A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito (Cf Dt 4, 37; 7, 8; 10, 15). E Israel comprendió, gracias a sus profetas, que también por amor Dios no cesó de salvarlo (Cf Is 43, 1-7) y de perdonarle su infidelidad y sus pecados (Cf Os 2) (CIC, 218).

El amor de Dios a Israel es comparado al amor de un padre a su hijo (Os 11, 1). Este amor es más fuerte que el amor de una madre a sus hijos (Cf Is 49, 14-15). Dios ama a su Pueblo más que un esposo a su amada (Is 62, 4-5); este amor vencerá incluso las peores infidelidades (Cf Ez 16; Os 11); llegará hasta el don más precioso: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (Jn 3, 16) (n. 219).

El amor de Dios es "eterno" (Cf. Is 54, 8.10) (CIC, 220).

*Pero S. Juan irá todavía más lejos al afirmar: "**Dios es Amor**" (1 Jn 4, 8.16); el ser mismo de Dios es Amor. Al enviar en la plenitud de los tiempos a su Hijo único y al Espíritu de Amor, Dios revela su secreto más íntimo (Cf 1 Co 2, 7-16; Ef 3, 9-12); El mismo es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en El (CIC, 221).*

1.2. La Eucaristía

Jesús entrega todo su amor, el amor de Dios, en la Eucaristía. A este respecto, podemos resumir la enseñanza de S.C. en estos puntos:

"La santísima eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En el Sacramento eucarístico, Jesús sigue amándonos hasta el extremo, hasta el don de su cuerpo y de su sangre" (n.1).

*"En el Sacramento del altar, el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad". En particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la verdad del amor, que es **la esencia** misma de Dios" (n. 2).*

"En la Eucaristía...el Deus Trinitas, que en sí mismo es amor (cf. 1 Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana" (n. 8).

Ante este gran Misterio de amor, el creyente dirá con plena convicción y seguridad: *"Nosotros hemos conocido el amor y hemos creído en él"* (1 Jn 4,16). Esta es la sustancia de la fe en el NT. Esta fe empuja a la celebración, a la fiesta, y a vivir siempre desde ese amor⁸.

S.C. nos dice que el Misterio del amor lo anunciamos, lo celebramos, y lo vivimos en todos los estados y circunstancias de la vida.

1.3. La Iglesia

De la eucaristía nace la iglesia. La Eucaristía es constitutiva del ser y del actuar de la Iglesia. (n.15)

El Vaticano II afirma: *"El Señor Jesús, ofreciéndose a sí mismo en sacrificio por nosotros, anunció eficazmente en su donación el misterio de la Iglesia"*⁹.

Por su parte, Benedicto XVI dice en la encíclica "Deus Caritas est": *"La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerigma-martyría), celebración de los sacramentos (leiturgia), y servicio de la caridad (diakonía). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra"*¹⁰.

En nuestro caso, podemos decir que la Iglesia anuncia la Palabra sobre el Misterio del amor de Dios (martyría), lo celebra en la eucaristía (leiturgia), y lo vive en la caridad (diakonía).

Y todo esto, la misma Iglesia lo hace objeto del trabajo pastoral-vocacional, desde la variedad de sus **vocaciones y ministerios**, con el Espíritu, y teniendo siempre presente el precioso icono del amor que es **María** que nos alienta y acompaña.

Lo iremos desarrollando en las páginas siguientes.

⁸ cf. Gaudium et Spes, 18 y 19; Dei Verbum, 2

⁹ S.C., 15

¹⁰ Benedicto XVI, Deus Caritas est, 25

2. La Eucaristía en la Iglesia

2. 1. Misterio que se ha de creer

Benedicto XVI nos dice que "la fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y se alimenta de modo particular en la mesa de la eucaristía" (n.6). Por ello, "el sacramento del altar está siempre en el centro de la vida eclesial; gracias a la eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo" (n. 6).

Ya desde aquí tenemos que decir que no habrá **renacer vocacional** si nuestras comunidades cristianas no lo son profundamente eucarísticas.

Dice el sacerdote, después de la consagración "este es el sacramento de nuestra fe". "La primera realidad de la **fe eucarística** es el misterio mismo de Dios, el amor trinitario... : « Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único...»" (Jn 3, 16-17) (n.7).

Esto es lo que anunciamos y creemos: el amor de Dios, tan grande, que llega a entregarnos a su propio Hijo como el Pan que da la vida al mundo.

En la eucaristía hacemos memoria de "ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es **el amor en su forma más radical**.

"Jesús es el verdadero cordero pascual que se ha ofrecido espontáneamente a sí mismo en sacrificio por nosotros, realizando así la nueva y eterna alianza. La Eucaristía contiene en sí esta **novedad radical**, que se nos propone de nuevo en cada celebración" (n. 9).

Toda **vocación** eclesial es algo que suena a nuevo, a raro y extraño, a un tomarse la vida de forma radical en el mundo del egoísmo, de la falta de compromisos serios y duraderos. Pues bien, las vocaciones tienen explicación únicamente desde la vivencia de esa novedad radical que es la eucaristía.

En la **cena**, en la que Jesús instituyó la eucaristía, "el memorial de la antigua liberación se abría a la súplica y a la esperanza de una salvación más profunda, radical, universal y definitiva. Éste es el contexto en el cual Jesús introduce la novedad de su don" (n. 10).

Nosotros creemos que "la conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical, un cambio destinado a suscitar un proceso de transformación de la realidad, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo para todos" (cf. 1 Cor 15, 28) (n.11).

La presencia y acción de Cristo en su Iglesia se realiza desde el centro vital que es la eucaristía: "Cristo mismo, en virtud de la acción del Espíritu,

está presente y operante en su Iglesia, desde su centro vital que es la Eucaristía" (n. 12). Esto quiere decir que al Cristo de la fe y de la **vocación** lo encontramos principalmente en la eucaristía. No basta decir que lo encontramos en la vida. Más bien, hay que decir que, desde el centro vital que es la eucaristía, nos dirigimos hacia el mundo para llevar el amor de Dios. Y ese amor recibido de Dios nos empujará a traer a la mesa del altar las angustias, preocupaciones, alegrías y problemas de los hombres, nuestros hermanos.

María es la gran creyente. "Llena de confianza, se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad. Este misterio se intensifica hasta llegar a la total implicación en la misión redentora de Jesús... Por esto, cada vez que en la Liturgia eucarística nos acercamos al Cuerpo y Sangre de Cristo, nos dirigimos también a Ella que, adhiriéndose plenamente al sacrificio de Cristo, lo ha acogido para toda la Iglesia" (n. 33).

Como hemos podido ver, en este Misterio que se ha de creer encontramos ya elementos **vocacionales** importantes, que desarrollaremos más adelante.

2. 2. Misterio que se ha de celebrar

El misterio que celebramos nos fascina con la aventura del amor de Dios, que alcanza en el misterio pascual su expresión más maravillosa y sublime.

En la **belleza litúrgica** "nos llega y nos cautiva la verdad del amor de Dios en Cristo, haciéndonos salir de nosotros mismos y atrayéndonos así hacia nuestra verdadera vocación: el amor.

La verdadera belleza es el amor de Dios que se ha revelado definitivamente en el Misterio pascual" (n. 35). En la cruz de Cristo nos asombra y deslumbra el amor de Dios. Y de la contemplación de la cruz nacen las **respuestas vocacionales**: "Me amó y se entregó por mí" (Gal 2, 20), y yo ¿qué he de hacer por él?

Las **vocaciones** en la Iglesia son vistas muchas veces como algo triste, de tremendas e incomprensibles renunciaciones, cuando en realidad la vocación es una respuesta generosa y alegre a la llamada de la inmensa belleza del amor, del amor a Dios y a los hombres manifestado en Cristo.

El Papa trata en este capítulo de varias cuestiones relacionadas con la celebración, y particularmente nos recuerda cómo "en el pan y el vino que llevamos al altar toda la creación es asumida por Cristo Redentor, para ser transformada y presentada al Padre. En este sentido, llevamos también al altar todo el sufrimiento y el dolor del mundo" (n. 47).

Es muy importante la relación intrínseca que señala el Papa entre celebración y adoración: "Nadie come de esta carne sin antes adorarla..., pecaríamos si no la adoráramos..." (n. 66).

Es más, "sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la **misión social** contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también, y sobre todo, las barreras que nos separan a los unos de los otros" (n. 66).

Por lo tanto, el compromiso social se alimenta y fortalece también en la adoración y reparación. Adorando al Señor que se hizo siervo de todos, el último junto a los últimos, los no-hombres, el creyente se sentirá enviado a socorrer a tantos sufrientes, y "cristos rotos" que apenas pueden caminar por el mundo.

2.3. Misterio que se ha de vivir

La eucaristía nos hace capaces de vivir la novedad radical de una existencia entregada en alguna de las vocaciones.

Las enseñanzas más importantes de S.C. en cuanto al misterio que se ha de vivir, y en relación al tema que nos ocupa, las podemos resumir de la siguiente manera:

La Eucaristía, tiende a impregnar todos los aspectos de la realidad del individuo. "El culto agradable a Dios se convierte así en un **nuevo modo de vivir** todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios" (n. 71).

En **el domingo** se hace memoria de la radical novedad traída por Cristo; es el día en el que el cristiano encuentra aquella forma eucarística de la existencia que está llamado a vivir constantemente.

"**Vivir según el domingo** quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente" (n. 72).

Participando en el sacrificio de la Cruz, el cristiano comulga con el amor de donación de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida (n. 82).

Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso, la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su **misión** (n. 84). Y la misión primera y

fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de **dar testimonio** con nuestra vida (nn. 85-88).

"La Eucaristía nos hace descubrir que Cristo muerto y resucitado, se hace contemporáneo nuestro en el misterio de la Iglesia, su Cuerpo. Hemos sido hechos **testigos** de este misterio de amor. « Yo estoy con vosotros todos los días, hasta al fin del mundo » (Mt 28, 20) (n. 97).

Por otra parte, en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la **caridad** (n. 88). Es la diakonía que ha despertado y continúa despertando muchísimas **vocaciones** en la Iglesia. Benedicto XVI habla también, en los números 89-91, de las **implicaciones sociales** de la eucaristía:

* La Eucaristía es sacramento de **comunió**n entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo.

* El sacrificio de Cristo es misterio de **liberación** que nos interpela y provoca continuamente.

* Quien participa en la Eucaristía ha de **comprometerse** en construir la paz en nuestro mundo marcado por tantas violencias (n. 89).

* La participación en la eucaristía ha de llevar al cristiano a "denunciar las situaciones indignas del hombre, y trabajar sin descanso en la construcción de la **civilización del amor** (n. 90).

* El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente su propia **responsabilidad política y social** (n. 91).

En este tema del misterio que se ha de vivir, encontramos, como se puede ver, las tres dimensiones y tareas de la Iglesia y de la **vocación**: martiría, liturgia y diakonía.

Otro punto importante es la relación entre **Eucaristía y vocaciones**:

Dice el Papa: "En el contexto de la relación entre la Eucaristía y las diversas vocaciones eclesiales resplandece de modo particular el testimonio profético de las consagradas y de los consagrados, que encuentran en la Celebración eucarística y en la adoración la fuerza para el seguimiento radical de Cristo obediente, pobre y casto" (n. 81).

Por otra parte, S.C. nos recuerda que "la **santidad** ha tenido siempre su centro en el sacramento de la Eucaristía". Por ello, habrá que "poner la máxima atención en la promoción de una espiritualidad cristiana auténticamente eucarística" (n. 94). Y añade Benedicto XVI estas palabras, realmente lapidarias: "Quien no comunica la verdad del Amor al hermano no ha dado todavía bastante" (n. 86).

Finalmente, una palabra sobre María: "La Iglesia ve en María, « Mujer eucarística », como la llamó el Siervo de Dios Juan Pablo II, su icono más logrado, y la contempla como modelo insustituible de vida eucarística" (n. 96).

3. Mensaje vocacional en S.C.

Aunque ya hemos venido haciendo alusiones a la vocación en las páginas anteriores, vamos a intentar ahora hacer una lectura en clave vocacional del mensaje contenido en S.C.

3. 1. La eucaristía y la obra de la salvación

La vocación es un gran **misterio de fe**. Ahora bien, esa fe encuentra en la eucaristía su fuente y alimento.

Efectivamente, "la fe de la Iglesia es **esencialmente fe eucarística** y se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía...Cuanto más viva es la fe eucarística en el Pueblo de Dios, tanto más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos" (n. 6).

Sabemos que Dios llama de mil maneras, pero toda llamada apunta a la gran llamada de Dios que es la eucaristía donde adquiere la máxima densidad y fuerza su palabra salvadora. Pero, para plantear bien el tema vocacional, conviene preguntarnos: **¿Por qué llama Dios?**

Todo tiene su inicio en el **proyecto de Dios mismo** de salvación de los hombres, no aisladamente, sino de manera que constituyan un pueblo. Un pueblo que vaya construyendo el reino de Dios en el mundo, mientras camina hacia la "plenitud" escatológica¹¹.

Vamos a ver el contenido y desarrollo de ese proyecto de Dios:

La obra de la salvación se realizó en Cristo y por Cristo:

"Esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo el Señor la realizó, principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión"¹².

¹¹ cf. LG 9; 13; 17; AG 2; 7

¹² SC 5; cf. GS 22

La salvación está en el cuerpo de Cristo, en el pueblo de Dios:

"El único mediador y camino de salvación es Cristo, quien se hace presente a todos nosotros en su cuerpo que es la Iglesia" (LG 14).

"Cristo que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y **lo envía** a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra"¹³.

La Iglesia, "sacramento universal de salvación,"¹⁴ "predicando el evangelio, atrae a los oyentes a la fe y a la confesión de la fe, los prepara al bautismo, los libra de la servidumbre del error y los incorpora a Cristo para que por la caridad crezcan en Él hasta la plenitud".

El culto salvífico. "...Así como Cristo fue enviado por el Padre, Él a su vez envió a los apóstoles, llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a **predicar** el evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte y nos condujo al reino del Padre, sino también a **realizar** la obra de salvación que proclamaban mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica"¹⁵.

La restauración del orden temporal entra también en el plan de Dios:

"La obra redentora de Cristo, aunque de suyo se refiere a la salvación de los hombres, se propone también la restauración de todo el orden temporal. Por ello, la misión de la Iglesia no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también el impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico"¹⁶.

Por su parte, S.C. afirma: "La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús... La conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical, un cambio destinado a suscitar un proceso de **transformación de la realidad**, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo para todos" (cf. 1 Co 15,28) (n. 11).

Esto supuesto, vamos a dar un paso más:

3.2. La eucaristía, escuela vocacional

La eucaristía es la gran convocatoria de Dios a su pueblo.

¹³ LG 9; cf. SC 6

¹⁴ LG 14; 17; 48; AG 1;5

¹⁵ Sacrosantum Concilium, 6

¹⁶ Apostolicam actuositatem, 5

En ella escuchamos la palabra, hacemos ofrenda de nuestra vida, nos unimos a la entrega de Cristo en su gesto supremo de amor, pasamos a vivir en él y desde él, y partimos en misión, movidos por el Espíritu.

3.2.1. La escucha de la Palabra

La palabra de Jesús que llama, encuentra en la eucaristía una plenitud de revelación, de sentido, de fuerza, y de respuesta a las necesidades de salvación. Y esa palabra resuena en la asamblea de los llamados para que cada uno diga, en actitud de disponibilidad como María, "heme aquí, Señor".

La Palabra nos revela **la historia del Dios Amor** en su relación con los hombres, y nos invita al seguimiento de Cristo, llamados, consagrados y enviados como El y con él, para la instauración del reino en el mundo.

A la Palabra respondemos, en la liturgia, con **la oración** ("Señor, muéstrame tus caminos", "Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad"), una oración que ha de prolongarse durante el día y ser llevada a la vida, donde Dios mismo nos llama a través de las necesidades de los hombres, en el mundo y en la Iglesia.

Concretamente, **la vocación** se desarrolla en un *diálogo* prolongado, sincero y cordial con Cristo. El diálogo es oración, amistad, vida cristiana. En la oración se concentran los gritos y llamadas angustiosas de los hombres, para dejar paso a la voz de Cristo que dice: "te necesito a ti".

En Mac 3,13 vemos cómo Jesús llama a cada uno individualmente y *por su nombre*; los llama a predicar el evangelio, y para que estén con él, es decir, los hace *amigos* suyos, introduciéndolos en la unidad de vida y acción que él tiene con el Padre, en la vida misma de la Trinidad. Es la vida de **comunión y amor**, y de proyección de ese amor hacia el mundo.

3.2.2. La ofrenda eucarística

"En el pan y el vino que llevamos al altar toda la creación es asumida por Cristo Redentor para ser transformada y presentada al Padre. En este sentido, llevamos también al altar todo el sufrimiento y el dolor del mundo" (n. 47).

En esta ofrenda, tomamos conciencia de nuestro compromiso con la creación entera y la exigencia de solidaridad con el sufrimiento del mundo. Es claro que en todo esto, hay una llamada vocacional evidente.

3.2.3. El Cristo entregado

"Por el Sacramento eucarístico Jesús incorpora a los fieles a su propia «hora»; La Eucaristía es Cristo que se nos entrega, edificándonos continuamente como su cuerpo" (n. 14).

La eucaristía nos va transformando en el Cristo entregado a la muerte por la redención del mundo. Jesús realiza su sacerdocio como donación de sí mismo al Padre y como entrega "por los muchos"¹⁷. En el Jesús obediente se identifican la caridad y el culto.

Participar de verdad en la eucaristía significa comprometerse en el servicio, hacer de la propia vida un gesto permanente de amor. Esto quiere decir que las **vocaciones** nacerán en el encuentro eucarístico con el Jesús siervo que entrega su vida por amor.

3.2.4. Eucaristía y vida

« **El que me come vivirá por mí** » (Jn 6,57) "Estas palabras de Jesús nos permiten comprender cómo el misterio « creído » y « celebrado » contiene en sí un **dinamismo** que lo convierte en principio de vida nueva y forma de la existencia cristiana" (n. 82).

En S.C. leemos también: "...participando en el sacrificio de la Cruz, el cristiano comulga con el amor de donación de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de **vida**" (n. 82).

"La Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios: « *Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable* » (Rm 12,1)". Es el culto de la propia existencia convertida en ofrenda total de la persona por la causa del reino.

Todo se explica desde "la transformación de nuestra realidad humana ganada por Cristo" (cf. Flp 3,12) (n. 70).

Este último texto de S.C. tiene una importancia extraordinaria en relación con la **vocación**. En efecto, sólo una existencia ganada por Cristo, con un dinamismo nuevo que lleva a una ofrenda total de la propia persona, hará posible el que alguien plantee su vida en perspectiva vocacional.

En la eucaristía celebramos el misterio de Cristo elegido, consagrado y

¹⁷ Heb 7,27; 10, 5ss; Mc 10, 45; 14,24

enviado. Y en ella, cada uno de los creyentes nos sentimos igualmente elegidos, consagrados y enviados.

3.2.5. Eucaristía y misión

La celebración de la eucaristía termina con las palabras "Podéis ir en paz". S.C. dice: "este saludo expresa sintéticamente **la naturaleza misionera de la Iglesia**" (n. 51).

Como hemos visto en otro lugar, el amor "es la esencia misma de Dios. Ésta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre. Por eso la Iglesia, cuyo centro vital es la Eucaristía, se compromete constantemente a **anunciar a todos**, « a tiempo y a destiempo » (2 Tm 4,2) **que Dios es amor**" (n. 2).

Muy acertada y bellamente dice, a este respecto, S.C: "no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Éste exige, por su naturaleza, que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su **misión**: «Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera»....Verdaderamente, nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a todos. Además, la institución misma de la Eucaristía anticipa lo que es el centro de la misión de Jesús: Él es el enviado del Padre para la redención del mundo¹⁸. En la última Cena Jesús confía a sus discípulos el Sacramento que actualiza el sacrificio que Él ha hecho de sí mismo en obediencia al Padre para la salvación de todos nosotros. No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, **el impulso misionero** es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana" (n. 84).

"Cuanto más vivo sea el amor por la Eucaristía en el corazón del pueblo cristiano, tanto más clara tendrá la tarea de la misión: llevar a Cristo" (n. 86).

Del estudio bíblico de vocación se deduce claramente que vocación es igual a misión. Por lo mismo, de la vivencia eucarística han de surgir las **vocaciones eclesiales**, puesto que la eucaristía es fuente y culmen de la misión de la Iglesia.

¹⁸ Cf. Jn 3,16-17; Rom 8,32

3.2.6. Eucaristía, testimonio y vocaciones

La vocación es misión y la misión comprende el anuncio del evangelio y los signos que lo acompañan¹⁹.

"La **misión** primera y fundamental que recibimos de los santos Misterios que celebramos es la de dar **testimonio** con nuestra vida. El asombro por el don que Dios nos ha hecho en Cristo infunde en nuestra vida un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser **testigos de su amor**" (n. 85).

El testimonio implica palabras, obras y estilo de vida. Lo que atrae y provoca **respuestas vocacionales** es el testimonio, que encuentra su motivación y fuerza en la eucaristía. S.C. nos lo dice muy claramente:

"Nos convertimos en testigos cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica. Se puede decir que el testimonio es el medio como la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical...El **testimonio hasta el don de sí mismos**, hasta el martirio, ha sido considerado siempre en la historia de la Iglesia como la cumbre del nuevo culto espiritual: « Ofreced vuestros cuerpos » (Rm 12,1)... El cristiano que ofrece su vida en el martirio entra en plena comunión con la Pascua de Jesucristo y así se convierte con Él en Eucaristía" (n. 85).

3.2.7 Implicaciones sociales del Misterio eucarístico

Todas las **vocaciones eclesiales** encuentran en la eucaristía la motivación y la fuerza necesarias en orden al trabajo por la reconciliación, la justicia y la paz:

El sacerdote predica y ofrece el perdón de Dios; el laico reconciliado trabaja en la transformación de las estructuras injustas, y los consagrados han de ofrecer el testimonio de comunidades reconciliadas y fraternas. A este propósito, dice S.C.:

"La Eucaristía es **sacramento de comunión** entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. Ef 2,14)...Cristo, por el memorial de su sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su **reconciliación** abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. No cabe duda de que las condiciones para

¹⁹ Cf. Mc 16, 2º, y el libro de los Hechos

establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón. De esta toma de conciencia nace la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto a la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios...El sacrificio de Cristo es misterio de liberación que nos interpela y provoca continuamente..." (n. 89).

Sacerdotes, laicos y consagrados, cada uno desde su vocación específica, han de denunciar las injusticias que claman al cielo, procurar el compartir los bienes y la ayuda a los pobres. La mística cristiana no es huida del mundo, sino marcha con el mundo hacia Dios.

S.C. nos advierte claramente: "No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de **globalización** que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (cf. St 5,4)... El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las **situaciones indignas** del hombre... Los cristianos han procurado desde el principio **compartir** sus bienes (cf. Hch 4,32) y ayudar a los pobres (cf. Rm 15,26). La **colecta** en las asambleas litúrgicas no sólo nos lo recuerda expresamente, sino que es también una necesidad muy actual. Las instituciones eclesiales de beneficencia, en particular **Caritas** en sus diversos ámbitos, prestan el precioso servicio de ayudar a las personas necesitadas, sobre todo a los más pobres. Estas instituciones, inspirándose en la Eucaristía, que es el sacramento de la caridad, se convierten en su expresión concreta; por ello merecen todo encomio y estímulo por su compromiso solidario en el mundo" (n. 90).

4. Las vocaciones eclesiales

En S.C. el Papa habla de "la relación entre la Eucaristía y las diversas vocaciones eclesiales" (n. 81). Vamos a verla seguidamente:

4.1. Eucaristía y fieles laicos

El origen de la vocación laical está en el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía:

"Los laicos cristianos, en virtud del Bautismo y de la Confirmación, y fortalecidos por la Eucaristía, están llamados a vivir la novedad radical traída por Cristo precisamente en las condiciones comunes de la vida" (n. 79).

Es propio de los laicos la **santificación del mundo**, poniéndose al servicio de la "nueva creación", inaugurada con la resurrección de Cristo.

"El mundo es el "campo" (Mt 13,38) en el que Dios pone a sus hijos como buena semilla... El amor entre el hombre y la mujer, la acogida de la vida y la tarea educativa son ámbitos privilegiados en los que la Eucaristía puede mostrar su capacidad de transformar la existencia y llenarla de sentido" (n. 79).

Para influir de manera significativa en el **campo social**, "se requiere que el pueblo cristiano tenga conciencia de que, al dar gracias por medio de la Eucaristía, lo hace en nombre de toda la creación, aspirando así a la santificación del mundo y trabajando intensamente para tal fin..." (n. 92).

El sacerdote, en la presentación de las ofrendas, considera la tierra como creación de Dios e incluye en la ofrenda el esfuerzo y trabajo del hombre. Esto quiere decir que el laico, en su esfuerzo por la conservación y transformación de la creación, es un **signo** claro del Dios creador.

Por otra parte, "en la relación entre la Eucaristía y el universo descubrimos la unidad del plan de Dios y se nos invita a descubrir la **relación profunda entre la creación y la « nueva creación »**, inaugurada con la resurrección de Cristo, nuevo Adán. En ella participamos ya desde ahora en virtud del Bautismo (cf. Col 2,12 s.), y así se le abre a nuestra vida cristiana, alimentada por la Eucaristía, la perspectiva del mundo nuevo, del nuevo cielo y de la nueva tierra, donde la nueva Jerusalén baja del cielo, desde Dios, « ataviada como una novia que se adorna para su esposo »" (Ap 21,2) (n. 92). Aquí tiene el laico un motivo de esperanza y de alegría, al recibir de Dios una tarea tan importante.

La eucaristía impulsa y alimenta para "un trabajo audaz en las **estructuras** de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios... El cristiano laico en particular, añade S.C, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente su propia responsabilidad **política y social**" (n. 91).

En este sentido, no pueden olvidar los laicos que deben dar un **testimonio público** de la fe, particularmente aquellos que se mueven en el campo de las decisiones sociales y políticas. Dice S.C: "El culto agradable a Dios exige el testimonio público de la propia fe. Obviamente, esto vale para todos los **bautizados**, pero tiene una importancia particular para quienes, por la posición social o política que ocupan, han de tomar decisiones sobre **valores fundamentales**, como el respeto y la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su fin natural, la familia fundada en el matrimonio entre hombre y mujer, la libertad de educación de los hijos y la promoción del bien común en todas sus formas..." (n. 83).

4.1.1. Espiritualidad

El laico ha de llevar el espíritu eucarístico a las realidades cotidianas: hacer de la vida un cántico al Dios de la creación que ha hecho tantas maravillas en la creación y quiere que se desarrolle para bien del hombre; y comprometerse en las estructuras, instituciones y los diversos campos de la ciencia, cultura y política del mundo para que respondan al plan de Dios. Dice el Papa: "Puesto que el Sacrificio eucarístico alimenta y acrecienta en nosotros lo que ya se nos ha dado en el Bautismo, por el cual todos estamos llamados a la **santidad**, esto debería aflorar y manifestarse también en las situaciones o estados de vida en que se encuentra cada cristiano. Este, viviendo la propia vida como vocación, se convierte día tras día en culto agradable a Dios.

Han de cultivar el deseo de que la Eucaristía influya cada vez más profundamente en su vida cotidiana, convirtiéndolos en testigos visibles en su propio ambiente de trabajo y en toda la sociedad..." (n. 79).

A las familias en particular, dedica también el Papa unas palabras: "Exhorto a todos los laicos, en particular a **las familias**, a encontrar continuamente en el Sacramento del amor de Cristo la fuerza para transformar la propia vida en un signo auténtico de la presencia del Señor resucitado" (n. 94).

4.1.2. Eucaristía y matrimonio

La Eucaristía, sacramento de la caridad, muestra una relación particular con el amor entre el hombre y la mujer unidos en matrimonio.

"La Eucaristía corrobora de manera inagotable la unidad y el amor indisolubles de cada Matrimonio cristiano. En él, por medio del sacramento, el vínculo conyugal se encuentra intrínsecamente ligado a la unidad eucarística entre Cristo esposo y la Iglesia esposa (cf. Ef 5,31-32). El consentimiento recíproco que marido y mujer se dan en Cristo, y que los constituye en comunidad de vida y amor, tiene también una dimensión eucarística. En efecto, en la teología paulina, el amor esponsal es **signo** sacramental del amor de Cristo a su Iglesia, un amor que alcanza su punto culminante en la Cruz, expresión de sus « nupcias » con la humanidad y, al mismo tiempo, origen y centro de la Eucaristía" (n. 27).

"Puesto que la Eucaristía expresa el amor irreversible de Dios en Cristo por su Iglesia, se entiende por qué ella requiere, en relación con el sacramento del Matrimonio, esa **indisolubilidad** a la que aspira todo verdadero amor". (n. 29)

En la eucaristía, por lo tanto, han de encontrar los esposos el ejemplo supremo de fidelidad y el alimento necesario para mantenerse unidos y, más aún, crecer en el amor.

4.2 Eucaristía y vida consagrada (n. 81)

4.2.1. ¿Qué es la vida consagrada?

S.C. (n. 81) nos ofrece una serie de elementos importantes acerca de lo que es y significa la vida consagrada:

- * Un testimonio profético.
- * Seguimiento radical de Cristo obediente, pobre y casto.
- * Una vida cuyo objetivo principal es "la contemplación de las cosas divinas y la unión asidua con Dios".
- * Un servicio en la Iglesia, más en el orden del ser que en el del hacer.
- * La virginidad consagrada, en relación intrínseca con el misterio eucarístico, es expresión de la consagración exclusiva de la Iglesia a Cristo, que ella, con fidelidad radical y fecunda, acoge como a su esposo.
- * Es **signo** del amor gratuito y fecundo de Dios a la humanidad.
- * Es una llamada eficaz al horizonte escatológico que todo hombre necesita para poder orientar sus propias opciones y decisiones de vida. Es un **signo** del Absoluto de Dios.
- * Manifiesta "con su propia vida eucarística el esplendor y belleza de pertenecer totalmente al Señor" (n. 94).

4.2.2. Relación con la eucaristía

- * En la celebración eucarística y en la adoración, los consagrados y consagradas encuentran la fuerza para el seguimiento radical de Cristo obediente, pobre y casto, inspiración y alimento para su entrega total a Cristo, consuelo e impulso para ser, también en nuestro mundo, **signo** del amor gratuito y fecundo de Dios a los hombres. (Cf. n. 81).

4.3. Eucaristía y sacramento del orden

S.C. nos recuerda que el sacerdocio tiene su **origen** en las palabras de Jesús en el cenáculo: **"Haced esto en conmemoración mía"** (Lc 22,19).

La víspera de su muerte, Jesús instituyó la Eucaristía y fundó al mismo tiempo el sacerdocio de la nueva Alianza.

El sacerdote, es **"signo"** de Cristo mismo presente en su Iglesia como Cabeza de su cuerpo, Pastor de su rebaño, sumo sacerdote del sacrificio redentor...

El sacerdocio, como decía san Agustín, es amoris officium, es el oficio del buen pastor, que da la vida por las ovejas (cf. Jn 10,14-15) (n. 23).

El ministro ordenado **"actúa también en nombre de toda la Iglesia"** cuando presenta a Dios la oración de la Iglesia y sobre todo cuando ofrece el sacrificio eucarístico...

El **sacerdote es servidor**, y tiene que esforzarse continuamente en ser **signo** que, como dócil instrumento en sus manos, se refiere a Cristo".

Ha de ejercer "su propio ministerio eucarístico como un **humilde servicio** a Cristo y a su Iglesia". Desde ahí se pide que "los sacerdotes sean conscientes de que nunca deben ponerse ellos mismos o sus opiniones en el primer plano de su ministerio, sino a Jesucristo. Todo intento de ponerse a sí mismos como protagonistas de la acción litúrgica contradice la identidad sacerdotal"...(n. 23)

4.3.1. Eucaristía y espiritualidad sacerdotal

Como no podía ser de otra manera, dado que el sacerdote ha nacido en la cena y sacrificio de Cristo, "la espiritualidad sacerdotal es **intrínsecamente eucarística**. La semilla de esta espiritualidad se encuentra en las palabras que el Obispo pronuncia en la liturgia de la Ordenación: « Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor ». El sacerdote, para dar a su vida una forma eucarística cada vez más plena, ya en el período de formación y luego en los años sucesivos, ha de dedicar tiempo a la vida espiritual. Está llamado a ser siempre un auténtico **buscador de Dios**, permaneciendo al mismo tiempo **cercano** a las preocupaciones de los hombres..." Se le aconseja la celebración diaria de la santa Misa, aun cuando no hubiera participación de fieles (n. 80).

4.3.2. Eucaristía y celibato sacerdotal

El celibato forma parte de la espiritualidad y estilo de vida del sacerdote; es una especial configuración con el estilo de vida de Cristo, un **signo** que expresa la dedicación total y exclusiva a Cristo, a la Iglesia y al reino de Dios.

He aquí las palabras del Papa:

“Los Padres sinodales han querido subrayar que el sacerdocio ministerial requiere, mediante la Ordenación, la **plena configuración con Cristo**. Respetando la praxis y las diferentes tradiciones orientales, es necesario reafirmar el sentido profundo del celibato sacerdotal, considerado con razón como una riqueza inestimable y confirmado por la praxis oriental de elegir como obispos sólo entre los que viven el celibato, y que tiene en gran estima la opción por el celibato que hacen numerosos presbíteros. En efecto, esta opción del sacerdote es una expresión peculiar de la entrega que lo configura con Cristo y de la **entrega exclusiva** de sí mismo por el Reino de Dios. El hecho de que Cristo mismo, sacerdote para siempre, viviera su misión hasta el sacrificio de la cruz en estado de virginidad es el punto de referencia seguro para entender el sentido de la tradición de la Iglesia latina a este respecto. Así pues, no basta con comprender el celibato sacerdotal en términos meramente funcionales. En realidad, representa una **especial configuración** con el estilo de vida del propio Cristo. Dicha opción es ante todo sponsal; es una identificación con el corazón de Cristo Esposo que da la vida por su Esposa. Junto con la gran tradición eclesial, con el Concilio Vaticano II y con los Sumos Pontífices predecesores míos, reafirmo la belleza y la importancia de una vida sacerdotal vivida en el celibato, como **signo que expresa la dedicación total y exclusiva a Cristo, a la Iglesia y al Reino de Dios**, y confirmo por tanto su carácter obligatorio para la tradición latina. El celibato sacerdotal, vivido con madurez, alegría y entrega, es una grandísima bendición para la Iglesia y para la sociedad misma” (n.24).

4.3.3. Un problema particular: escasez de clero y pastoral vocacional

Ante el gravísimo problema de falta de vocaciones y escasez de clero, Benedicto XVI se reafirma en la doctrina y praxis tradicional de la Iglesia, y llama la atención acerca del cuidado que se ha de tener en un adecuado discernimiento de las vocaciones, y en una pastoral vocacional que implique especialmente a las familias.

"Ciertamente, dice el Papa, una **distribución** del clero más equitativa favorecería la solución del problema. Es preciso, además, hacer un trabajo de sensibilización capilar. Los Obispos han de implicar a **los Institutos de Vida consagrada** y a las nuevas realidades eclesiales en las necesidades pastorales, respetando su carisma propio, y pedir a todos los miembros del clero una **mayor disponibilidad** para servir a la Iglesia allí dónde sea necesario, aunque comporte sacrificio. En el Sínodo se ha discutido también sobre las **iniciativas pastorales** que se han de emprender para favorecer, sobre todo en los jóvenes, la apertura interior a la vocación sacerdotal. Esta situación no se puede solucionar con simples medidas pragmáticas. Se ha de evitar que los Obispos, movidos por comprensibles preocupaciones por la falta de clero, omitan un adecuado **discernimiento** vocacional y admitan a la formación específica, y a la ordenación, candidatos sin los requisitos necesarios para el servicio sacerdotal. Un clero no suficientemente formado, admitido a la ordenación sin el debido discernimiento, difícilmente podrá ofrecer un testimonio adecuado para suscitar en otros el deseo de corresponder con generosidad a la llamada de Cristo. **La pastoral vocacional**, en realidad, tiene que implicar a toda la comunidad cristiana en todos sus ámbitos. Obviamente, en este trabajo pastoral capilar se incluye también la acción de sensibilización de **las familias**, a menudo indiferentes si no contrarias incluso a la hipótesis de la vocación sacerdotal. Que se abran con generosidad al don de la vida y eduquen a los hijos a ser disponibles ante la voluntad de Dios. En síntesis, hace falta sobre todo tener la valentía de **proponer a los jóvenes** la radicalidad del seguimiento de Cristo, mostrando su atractivo" (n.25).

Por otra parte, el Papa anima a la confianza, y propone el ejemplo de los sacerdotes que han llegado a dar la vida por Cristo y por el evangelio:

"Aunque en algunas regiones haya **escasez de clero**, nunca debe faltar la **confianza** en que Cristo seguirá suscitando hombres que, dejando cualquier otra ocupación, se dediquen totalmente a la **celebración** de los sagrados misterios, a la **predicación** del Evangelio y al **ministerio pastoral**... Hay que dar gracias a Dios por tantos sacerdotes que han sufrido hasta el **sacrificio de la propia vida** por servir a Cristo. En ellos se ve de manera elocuente lo que significa ser sacerdote hasta el fin. Se trata de testimonios conmovedores que pueden impulsar a muchos jóvenes a seguir a Cristo y a dar su vida por los demás, encontrando así la vida verdadera" (n.26).

5. Bajo el impulso del Espíritu

Toda vocación es misión, bajo el impulso del Espíritu. El libro de los Hechos sobre todo, es un testimonio elocuente de la presencia y acción del Espíritu en la tarea evangelizadora de los apóstoles y sus colaboradores.

"El Paráclito, primer don para los creyentes, que actúa ya en la creación (cf. Gn 1,2), está plenamente presente en toda la vida del Verbo encarnado; Cristo mismo, en virtud de la acción del Espíritu, está presente y operante en su Iglesia, desde su centro vital que es la Eucaristía" (n.12).

El Espíritu anima y envía a la Iglesia para que "lo que ha sido predicado una vez por el Señor y lo que en él, en su persona se ha obrado para salvación del género humano, se difunda... (AG 3).

6. La eucaristía y la Virgen María. María, icono de la vocación

María, en su Asunción, es signo de esperanza para nosotros que vivimos en un tiempo de dudas, temores, abandonos y desalientos vocacionales.

Si la vocación es disponibilidad, María es el modelo perfecto de una disponibilidad que es fruto de su fe obediente, de su fiarse totalmente de Dios. Sin esa fe obediente y confianza plena en Dios, no habrá vocaciones, y no podrá haber perseverancia. Ella perseveró hasta la cruz.

La vocación es escucha, sintonía con la voluntad divina, oración. La vocación y la oración van indisolublemente unidas. María es nuestro modelo, ella conservaba las palabras de Dios en su corazón (cf. Lc 2, 51).

La vocación es respuesta a las necesidades de los hombres. María estaba siempre atenta, como en Caná, a los apuros y problemas de la gente, y su mejor respuesta fue el darnos a su propio hijo, el orientarnos siempre hacia El.

La vocación es implicación en la misión salvadora de Cristo. Nadie como María se ha implicado totalmente en esa misión redentora de su hijo.

Por todo ello, María es el **icono** más logrado de toda vocación. A ella nos encomendamos para hacer de nuestra vida, como ella lo fue, mujer eucarística por excelencia, una ofrenda viva a Dios para ser testigos fieles de su amor en el mundo.

Vale la pena reproducir aquí, finalmente, las palabras de Benedicto XVI:

"Todo lo que Dios nos ha dado encuentra realización perfecta en la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra: su Asunción al cielo en cuerpo y alma es para nosotros un **signo** de esperanza segura, ya que, como

peregrinos en el tiempo, nos indica la meta escatológica que el sacramento de la Eucaristía nos hace gustar ya desde ahora.

María de Nazaret, desde la Anunciación a Pentecostés, aparece como totalmente **disponible** a la voluntad de Dios... La fe obediente es la forma que asume su vida en cada instante ante la acción de Dios. La Virgen, siempre a la escucha, vive en plena sintonía con la voluntad divina; conserva en su corazón las palabras que le vienen de Dios.

María es la gran creyente que, llena de confianza, se pone en las manos de Dios, abandonándose a su voluntad. Este misterio se intensifica hasta llegar a la total implicación en la misión redentora de Jesús. Por esto, cada vez que en la Liturgia eucarística nos acercamos al Cuerpo y Sangre de Cristo, nos dirigimos también a Ella que, adhiriéndose plenamente al sacrificio de Cristo, lo ha acogido para toda la Iglesia.

Ella es la Inmaculada que acoge incondicionalmente el don de Dios y, de esa manera, se asocia a la obra de la salvación. María de Nazaret, **icono** de la Iglesia naciente, es el modelo de cómo cada uno de nosotros está llamado a recibir el don que Jesús hace de sí mismo en la Eucaristía" (n. 33).

"La Iglesia ve en María, « Mujer eucarística », como la llamó el Siervo de Dios Juan Pablo II, su **icono** más logrado, y la contempla como modelo insustituible de vida eucarística. Por eso, disponiéndose a acoger sobre el altar el « verum Corpus natum de Maria Virgine », el sacerdote, en nombre de la asamblea litúrgica, afirma con las palabras del canon: « Veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor »".

Los fieles, por su parte, "encomiendan a María, Madre de la Iglesia, su vida y su trabajo. Esforzándose por tener los mismos sentimientos de María, ayudan a toda la comunidad a vivir como ofrenda viva, agradable al Padre...

La belleza de la liturgia celestial, que debe reflejarse también en nuestras asambleas, tiene un fiel **espejo** en Ella. De Ella hemos de aprender a convertirnos en **personas eucarísticas y eclesiales** para poder presentarnos también nosotros, según la expresión de san Pablo, «inmaculados » ante el Señor, tal como Él nos ha querido desde el principio"²⁰ (n. 96).

²⁰ Cf. Col 1,21; Ef 1,4

Novedades Animación Vocacional Sol

La Vocación en el Cine

Selección de películas para la pastoral vocacional.

164 páginas. 11,50 \$

El presente volumen presenta una selección de 60 películas para su utilización en la pastoral vocacional como parte de una catequesis vocacional. Todas las películas vienen acompañadas de una breve sinopsis, escenas seleccionadas y un guión elaborado para el trabajo catequético. Se ofrece un índice general y otro temático para facilitar el uso pastoral del libro.

Abrir espacios vocacionales

Materiales para el proceso vocacional inicial

71 páginas. 5,50 \$

Hoy más que nunca es necesario emprender acciones dirigidas a formar un ambiente en el que la semilla de la vocación pueda brotar, crecer y dar fruto. Este cuaderno es una humilde respuesta a semejante reto. Se trata de diez catequesis elaboradas para un primer y elemental círculo vocacional. Presentan la vocación de un modo abierto y general, como un acontecimiento en la vida de los jóvenes.

Curso Básico de Pastoral Vocacional.

Manual para una iniciación en la pastoral vocacional

234 páginas. 14 \$

Presenta en tres grandes bloques (la pastoral vocacional en la cultura actual, la doctrina vocacional fundamental y la práctica de la pastoral vocacional) los fundamentos antropológicos, bíblicos y teológicos que sustentan la pastoral vocacional, así como el modo de llevarla a cabo. Dirigido a todos aquellos que se inician en esta tarea.

Para mayor información o pedidos:
Animación Vocacional Sol. Presa Escame, 63 / esq. Avda. Legaria Col. Irrigación
11500 México D.F. Tfno.: (55) 53 95 02 68
Correo electrónico: cursosytalleres@vocacion.org.mx
<http://www.vocacion.org.mx>